

EL LINAJE ACADÉMICO

DISCURSO PRONUNCIADO el 25-6-97 por el Ilmo Sr. D. José de Santiago Silva en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia

En la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, que así se llama hoy en día la institución heredera de la Real Academia de las tres nobles artes de San Carlos de la Nueva España. Tocomo la fortuna de ser discípulo a un tiempo de Francisco Moreno Capdevilla y de Antonio Rodríguez Luna, ambos artistas "trasterrados" como llamamos en México a los republicanos que llegaron en los últimos tiempos de la década de los treinta y sellaron allí sus reales identificando sus tierras, Cataluña y Andalucía respectivamente con el paisaje del Cemanáhuac, que en lengua náhuatl quiere decir lo totalmente rodeado por agua, es decir, algo así como un Mediterráneo americano pero al revés, porque estando tan distante y con el mar océano de por medio así ha de ser. Quizás por ello, aunque no solamente, pudieron afinarse en Tenochtitlan y hacerse mexicanos sin ambages aunque en ello incluían lo hispano y no les faltaba razón, que al fin y al cabo en México quien antes o después, quien de cerca o de lejos todos de alguna manera participamos de la hispanidad desde que Rodrigo de Triana lanzó la voz castellana de tierra, tierra al viento del archipiélago de las Lucayas.

Quiero dejar constancia y rendir homenaje a estos mis mentores cuyas enseñanzas de compromiso y verdad he llevado y llevo como blasón ciertamente acuñado en las aulas, los talleres y los laboratorios pero reconfirmado en la vida, ya que su docencia a fuer de intensa comenzó a transferirse al café, a la tertulia y a la taberna hasta que desembocó en círculos familiares en los que se resarcían los recuerdos tristes y se revocaba todo destierro.

Era frecuente que en esas reuniones surgiera la tentación del encomio y de la complacencia por los valores de la cultura occidental mas concretamente de lo español, ante lo cual se revelaban los maestros y puntualizaban la exigencia de ser más analíticos y justos con la historia, pero sobre todo con nuestro lugar en ella. Muy especialmente reivindicaban el carácter renovado y original que

produce la sensibilidad autóctona que por mas de cuatro centurias ha hecho el milagro de llevar las cosas mas allá de la simple asimilación o de la mezcla. En ese orden de cosas ponderaban la interacción de las etnias locales que en el virreinato confirmaron la tradición humanística y académica del siglo de oro. Veían pues con mas claridad que nosotros, lo mexicano.

A la luz de esas reflexiones encontré y confirme mi vocación, entendí que en el arte y en la cultura en general es imprescindible objetivar antes que otra cosa la identidad propia y su enclave en el panorama universal.

Esta circunstancia académica se complemento con la impronta de una fuerte corriente de nacionalismo muy cercana todavía a la inspiración pos-revolucionaria que sostenían artistas como David Alfaro Siqueiros, el Dr. Atl, Gabriel Fernández Ledesma, José Chávez Morado, Carlos Alvarado Lang y un buen numero de seguidores de excelente nivel.

Los dos grupos eran coincidentes en muchos aspectos pero había diferencias y hasta desacuerdos, de manera que no faltaba quien los encontrara excluyentes. Yo me propuse llegar al fondo de sus enseñanzas y de sus respectivos credos porque la calidad de su producción artística realmente era modélica, sus postulados estéticos profundos y convincentes y finalmente sus experiencias vitales, su calidad humana nos acogía no ya como alumnos sino como hijos espirituales, amigos y colegas.

La labor no fue fácil ni breve pero significó, hablo de mi experiencia, una síntesis que en el medio intelectual mexicano no se ha dado fácilmente y quiero pensar que resuelve muchas disyuntivas e indeterminaciones. Para mí ha sido acicate permanente y compromiso en lo artístico, lo político y lo humano.

Soy pues producto de un nuevo mestizaje y de un nuevo criollismo que se generó con el arribo de la sangre dolorosa pero fecunda y esperanzada del exilio.

Como se sabe es este un fenómeno reiteradamente confirmado en la cultura mexicana y por ello en esta ocasión en la que la Real Academia de San Carlos me distingue al recibirme, es oportuno, justo y necesario hacer memoria de algunos de esos momentos.

A lo primero habré de referirme a la gesta educativa de los misioneros que parecen haber tenido celo paralelo en la prédica del Evangelio tanto como en la enseñanza de las artes.

Ellos son, los fundadores del proceso espiritual de la cultura mexicana. Según parece su programa evangelizador se basó en dos acciones fundamentales, la pastoral y la de promoción cultural, principalmente artística.

En 1523 Fray Pedro de Gante comenzó a enseñar artes y oficios en Texcoco y después fundó en el Convento de San Francisco de la ciudad de México el Colegio de San José de los Naturales. De allí salieron numerosas difusores indígenas de las técnicas occidentales de la pintura, la escultura, la arquitectura, la música y el teatro. Además hay evidencias de que proliferaron otros centros educativos de parecida índole que contribuyeron a establecer patrones culturales de indudable eficacia, puede decirse que cada fundación conventual contaba con actividades y programas de docencia y producción artísticas. Por ello las soluciones de la arquitectura monástica sufrieron en el nuevo mundo transformaciones profundas y enriquecedoras como las "capillas posas", las "capillas escenarios", las "capillas abiertas" y se retomaron recursos arquitectónicos olvidados de tiempo atrás en la península como las llamadas "mezquitas" y otras muchas reminiscencias medievales. Pero es importante mencionar que no todo fue reminiscencia e improvisación impuestas por las circunstancias sino que llegaron también y en abundancia las corrientes renovadoras del pensamiento y el "dolce stil nuovo" de manera que buena parte de la producción artística virreinal pertenece genuinamente al espíritu del Renacimiento.

En fecha tan temprana como 1536 se fundó en el Convento de Santiago Tlatelolco el Colegio de la Santa Cruz para la educación superior de los indios. Formó este colegio alumnos aventajadísimos que después enseñaron lógica, filosofía teología en latín, náhuatl y español por lo que cobraron mucha fama y se les dio el mote de los "trilingües". El promotor de esta institución, D. Sebastián Ramírez de Fuenleal segundo obispo de México, comentó en

carta a Carlos V lo que sigue: "*Con los religiosos de S. Francisco he procurado que enseñen gramática, romanizada en lengua mexicana a los naturales y pareciéndoles bien, nombraron un religioso para que en ello entendiese, el cual la enseña y muêstranse tan hábiles y capaces que hacen una gran ventaja a los españoles.*"

El prestigio de ese centro educativo fue tan grande que hubo que despertar inquietudes. Un consejero del Virrey, Jerónimo López también en esta carta a Carlos V escribe: "*no contentos con que los indios supiesen leer y escribir, pintar libros, tañer flautas, cherimías, trompetas e tecla, e ser músicos, pusiéronse a aprender gramática. Diéronse tanto a ello e con tanta solicitud, que había muchachos, y hay de cada día más, que hablan tan elegante el latín como Tulio. Que viendo la cosa cerca de esto iba en crecimiento y que en los monasterios los frailes no se podían valer a mostrarles, hicieron colegios donde estuviesen e aprendiesen e se les leyesen ciencias e libros...ha venido esto en tanto crecimiento, que es cosa para admirar ver lo que escriben en latín, cartas coloquios, y lo que dicen que habrá ocho días que vino a esta posada un clérigo a decir misa y me dijo que había ido al colegio a lo ver, e que lo cercaron doscientos estudiantes, e que estando platicando con él le hicieron preguntas de la sagrada Escritura cerca de la fe, que salió admirado y tapados los oídos, y dijo que aquel era el infierno, y los que estaban en él espíritu de Satanás. Esto me parece que no lleva ya remedio, sino cesar con lo hecho hasta aquí y poner silencio en lo porvenir, si no, esta tierra se volverá la cueva de las sibilas, y todos los naturales de ella, espíritus que lean las ciencias.*"

Contradictorias versiones recibió el monarca sobre el estado de la educación en la Nueva España, a saber cuales fueran sus conclusiones lo cierto es que en efecto surgieron intelectuales del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco que han dejado un legado fundamental. Citaré algunos ejemplos.

Antonio Valeriano reputado por el propio Fr. Bernardino de Sahagún como "el primero y el más sabio" fue profesor de filosofía, colaboró con el franciscano en su magna obra antropológica e historiográfica y escribió entre otras lo que probablemente es un guión dramático para representar los milagros guadalupanos, el "Nican Mophua", o cantar del atabal. Ese texto es uno de los principales puntos de partida de la religiosidad popular mexicana y elemento importante en la configuración del perfil nacional.

Otro "trilingüe famoso" fue Martín de la Cruz, autor de una obra monumental sobre los conocimientos médicos de la cultura mesoamericana. Es el tratado de medicina más antiguo de América. En 1552 lo tradujo al latín otro indio egresado de Tlatelolco Juan Badiano que por cierto fue nativo de Xochimilco, pueblo donde se asienta ahora uno de los planes de la Academia.

El manuscrito se conserva en la biblioteca del Vaticano y lleva el título de "Libellus de medicinalibus indorum"

Según se sabe estos botánicos colaboraron con la expedición científica de Francisco Hernández, nombrado por Carlos V protomédico general de todas las Indias, islas y tierra firme del mar océano en 1570.

Fray Alonso de la Vera Cruz obtuvo en 1540 del monarca, una cédula de fundación para una universidad en la comunidad indígena de Tiripitío, en la provincia de Michoacán. Fue la primera en la Nueva España, a ella acudían sin distinciones tanto religiosos como seglares indígenas y españoles a estudiar filosofía, cánones y teología.

La Real y Pontificia Universidad de México fue fundada por Cédula Real de Carlos V de 1551. Constituyó a lo largo del periodo virreynal el principal centro de cultura. Por sus aulas pasaron nuestros más distinguidos intelectuales. Bien puede decirse que junto con el Colegio Jesuita de San Ildefonso constituye el crisol en el que se fraguó la alta condición del espíritu novohispano.

Proliferaron empresas educativas de muy distintos signo e importancia, puede decirse que todas las órdenes religiosas desempeñaron papeles protagónicos en estos empeños, algunos orientaron su trabajo a la formación básica, otros a la artística, quienes a la superior universitaria, quienes a la específicamente religiosa.

Otras fundaciones de educación superior fueron el Colegio Máximo de Sn. Pedro y S. Pablo, también de los jesuitas y el de S. Pablo fundado por el ya mencionado Fr. Alonso de la Vera Cruz en 1575 que se distinguió por poseer la más extensa biblioteca de su tiempo.

Hubo pues en tiempos de la evangelización una acción educativa en varios niveles. La conjunción doctrinaria del mensaje religioso, la impronta medieval e islámica, la ejecución plástica prioritariamente indígena, la música, la danza, el teatro y el movimiento intelectual, configuraron un inusitado continente, básicamente para el rito y la liturgia pero de allí se deslizó a las tradiciones, al folklore, y con todo

ello se estableció un modo de vida, un estilo a un tiempo popular e ilustrado que bajo diversos matices regionales trasciende los siglos y aún nutre la creatividad mexicana.

Al amparo de tal esfuerzo educativo se fue desarrollando la comunidad criolla que preservó como elemento aglutinador un cúmulo de patrones culturales de claro signo conservador entre los que destacan el misticismo y el binomio eficientista y pragmático de riqueza espiritual – riqueza material tan elocuentemente expresado en el proceder del minero novohispano Dn. José de la Borda que levantó parroquias recamadas en oro y pueblos enteros, a tiempo que cantaba piadoso: "*Dios da a borda, Borda da a Dios....*" bajo esos supuestos se apropió el Nuevo Mundo del Renacimiento y del Barroco. Al Neoclásico habría de acceder por otros derroteros, por el único que permite el paradigma, esto es, la Academia.

Cabe la pregunta si no, al Levante le pasó algo semejante, casi lo mismo que a la Nueva España. El caso es que de nueva cuenta fueron necesarios los buenos oficios de los cruzados del conocimiento, las mercedes reales, las cédulas y las ordenanzas.

Carlos III, progresista e ilustrado fue responsable de una visión actualizadora que se propuso incorporar a la Corona en su conjunto pero especialmente y con mucho celo a los Virreynatos en la modernidad, mediante la cultura, la investigación y la enseñanza.

En el año 1783 se expidieron las "Reales Ordenanzas de Minería para la Nueva España" en cuyo título XVIII consideraba la creación de un colegio para que "*nunca falten sujetos conocidos y educados desde su niñez, en las buenas costumbres, instruidos en toda la doctrina necesaria para el más acertado laborio de las minas*" El Colegio sería realidad hasta 1792.

Obvia decir que la fundación produjo mejoras substanciales en la tecnología extractiva en el Nuevo Mundo. Pero tan importante como lo anterior, es el hecho de que la institución ha funcionado en la investigación y en la docencia desde entonces y de su seno académico han surgido la mayoría de las ramas de las ingenierías.

El Jardín Botánico fue fundado en 1788, constituye un hito fundamental en la investigación de las ciencias naturales en el ámbito americano.

La Real Academia de San Carlos de la Nueva España fue ardorosamente promovida por un grabador de particular tezón y energía, Jerónimo Antonio Gil que a la sazón trabajaba en la Casa de Moneda

de México. Convenció primero al superintendente, Don Fernando José Mangino de la conveniencia de organizar una academia a semejanza de las de Madrid y Valencia, entre ambos presionaron al virrey Martín de Mayorga para que iniciara trámites ante la Corona, para que con el favor del soberano se pudieran allegar los recursos y apoyos necesarios. Tuvieron el buen tino de echar a andar el cuatro de noviembre de 1781, onomástico del Rey, una Academia Provisional de Dibujo en la misma Casa de Moneda, tuvieron un éxito inusitado, asunto que entusiasmó suficientemente al nuevo virrey Don Matías de Gálvez como para apostar a los empeños de los numismáticos. Se obtuvo la real orden el primero de agosto de 1783 y el real despacho de fundación el 18 de noviembre de 1784. La verdad es que el proyecto encajaba a las maravillas en el programa de reformas administrativas del soberano y en corto tiempo se vieron recompensadas sus gestiones.

Pero las dificultades del académico Gil para configurar un cuerpo de profesores de calidad satisfactoria fueron muchas. El ambiente artístico de México en aquellos tiempos estaba aún sustentado por el estilo barroco que se había constituido en el lenguaje natural y orgulloso de los novohispanos, existía un culto casi ciego por los artistas congregados en torno a figuras estrellas como Miguel Cabrera y José de Alcibar y a ellos tuvo que recurrir el fundador.

La situación hizo crisis cuando poco después de formalizada la fundación y solemnemente iniciados los cursos en 1785, por supuesto el cuatro de noviembre, llegaron los profesores peninsulares con altos títulos y merecimientos académicos. Las protestas de los profesores criollos no se hicieron esperar con el legítimo pero improcedente argumento de que en los años difíciles de los inicios, sin instalaciones y sin recursos casi "de oquis sostuvieron la docencia y en el tiempo de las vacas gordas, cuando llegó el reconocimiento oficial, el presupuesto, los estatutos y las buenas remuneraciones, se les relegaba a sito subalterno, únicamente como profesores auxiliares de los recién llegados.

Gil tenía claros sus objetivos y sus parámetros de calidad académica, se sostuvo a viento y marea, en provecho de la Academia y de la historia, pero sus tropiezos no terminaron allí, al poco tiempo surgieron dificultades por minucias de horarios. Ginés de Aguirre y Cosme de Acuña, que fueron los primeros directores de pintura, José Arias, director de escultura y Antonio González Velásquez, director de arquitectura exigieron acudir al plantel únicamente

por las tardes, ofreciendo recibir en sus talleres particulares a los alumnos por las mañanas. El director general argumentaba la obligatoriedad contractual de permanecer en la Academia durante todo el día y algunas veces hasta por la noche...

De nueva cuenta el enérgico Gil no se arredró y apoyado por la junta directiva, impuso sus conceptos de disciplina y celo docentes. El caso rebasó los linderos de la institución, los quejosos acudieron con argumentos cerca del virrey que remitió el asunto a la junta de nueva cuenta y finalmente hicieron llegar sus protestas al propio rey que tampoco los escuchó.

Hubieron proclamas públicas cartas airadas, los profesores enviaron misivas a Antonio Pons, Secretario de la Academia de San Fernando pero todo fue en vano, Gil y la naciente Academia necesitaban y exigían disponibilidad irrestricta.

Según parece el arquitecto González Velásquez se sometió a las exigencias porque fue, supérstite de la refriega. Cosme de Acuña y Ginés de Aguirre optaron por regresarse a España no sin dificultades y José Arias perdió la razón. Varios facultativos que se ocuparon sucesivamente de su menoscabado estado mental lo sometieron infructuosamente a tratamientos y dieron sus opiniones sobre las causas de su mal. Alguno dijo que se debía al hecho de haber ingerido cierto breva de los indios, pero al margen de los galenos, la opinión generalizada responsabilizó su demencia a las contrariedades de la reyerta. Murió enajenado en 1789.

El clima de desazón e inestabilidad generó desánimo entre los alumnos que se quejaron en masa y émulos de las circunstancias, organizaron una revuelta, la primera de tantas como ha habido en el seno de nuestra comunidad.

Es evidente que con tanta dificultad, la Academia no había podido poner por obra los ideales del reglamento en aquella parte que prescribía que los discípulos debían ser tratados "*de cualquier clase y condición que sean con el amor y paciencia, para que, atraídos por un modo benigno y cariñoso, se apliquen con fervor, y consigan la instrucción y adelantamiento que les proporcionen.*

Pero en caso de que por inaplicación, inmodestia u otro motivo merezcan ser corregidos les impondrán un moderado castigo que juzguen convenientemente."

Con un poco de retraso en relación al grupo de directores a que hemos hecho referencia llegó a México un grabador en lámina que parece haber tenido,

o más argucia personal o consideraciones inusitadas del director general, el caso es que a él si se le permitió atender en su taller particular a los pupilos. Colaboró muy eficientemente en la docencia y en varios proyectos de la institución, era él un valenciano, Joaquín Fabregat.

No tenemos noticia de los motivos y elementos de juicio que obraron en el ánimo de Gil para seleccionar como substitutos en las direcciones de pintura y escultura a dos valencianos más. Rafael Ximeno y Planes y Manuel Tolsá. Estos artistas habrían de constituirse en los líderes académicos que establecieron el prestigio de la naciente institución. Deben ser considerados, con Jerónimo Antonio Gil, no solamente los fundadores de la docencia y del rigor académico, sino los introductores y consolidadores del movimiento neoclásico en el Nuevo Mundo. El secreteo de su éxito parece que tuvo que ver con una equilibrada entrega simultánea al ejercicio profesional y a las labores de docencia, fortaleciendo mutuamente ambas vocaciones. El esquema andando al tiempo se convirtió en una práctica habitual que con altas y bajas subsiste hasta nuestros días: en el taller se entrenan y perfeccionan los miembros de un equipo de trabajo que prolongarán su aprendizaje en los encargos de gran envergadura del maestro mientras llega el momento de su incorporación independiente en el mercado de trabajo, algo parecido a lo que en las universidades modernas llaman: vinculación universidad-empresa.

También hay que atribuir, al menos en parte el buen desempeño de los valencianos a la circunstancia de que Gil, al parecer aprendió la lección y moderó sus exigencias, o terminó comprendiendo que el buen maestro debe retroalimentar sus enseñanzas con el ejercicio profesional. Lo cierto es que el prestigio que a pesar de sus abatares, ha sostenido nuestra Academia por más de doscientos quince años está estrechamente vinculado con las obras, sobre todo públicas que los académicos han producido. Puede afirmarse sin ambages que el perfil artístico del país está profundamente relacionado a nuestra institución.

La seriedad y el involucramiento de estos maestros con su papel de mentores ha quedado ampliamente demostrada con las penurias que tuvieron que afrontar para proveer a la institución de material didáctico, modelos y bibliografía amplia y actualizada.

Manuel Tolsá estuvo a cargo del traslado de la colección de vaciados en yeso que cedió la Academia Martirensis de San Fernando a la de San Carlos

de México. Se trata de una amplia colección de la estatutaria grecorromana y renacentista que hubo de ser empacada en 66 jaulas descomunales, tanto así que en el puerto de Cádiz no había barco donde cupieran. Además consideró inseguro el modo en que se habían empaquetado las obras y decidió poner material de amortiguamiento y nuevos forros de cuero. Hubo de demorar su partida seis largos meses hasta encontrar una embarcación suficiente, el Santa Paula que lo condujo a la Habana. Allí necesitó esperar otros cuarenta y cinco días para que una fragata especial lo trasladara con su voluminoso equipaje al puerto de Veracruz.

Ya en tierras mexicanas sus dificultades se multiplicaron porque los caminos eran estrechos y las jaulas grandes... Se necesitó rediseñar el embalaje, en eso invirtió otros veintinueve días. Finalmente emprendió la marcha hacia la ciudad capital en carretones y a lomo de mulo. Después de quince meses de azarosa transportación llegó a México en diciembre de 1892, y no terminaron allí sus labores con las estatuas. A pesar de sus cuidados con el empaque muchas piezas, las más, llegaron rotas... Le tomó un año repararlas, y no fue en vano, celosamente conservadas y restauradas, allí siguen como parte del paradigmático entorno académico, homenaje al escultor, al arquitecto, al maestro. Son las piezas del primer lote de vaciados en yeso que la Academia recibió, al que se han ido agregando otros muchos hasta constituir un conjunto importante probablemente el mayor de América.

Se tienen noticias de que Ximeno y Planes, que llegó a México en 1794 realizó trámites y gestiones semejantes para su ramo, aunque sin duda fueron menos fatigosas, y lo mismo hizo Fabregat respecto de la talla dulce. Es de pensarse que en esta disciplina concurren varios miembros de la comunidad académica como el propio Gil y González Velásquez, para el acopio de estampas, el caso es que desde el comienzo fue esa la colección más numerosa y a la fecha la mejor conservada ya que no cuenta con no menos de treinta y dos mil piezas.

No es esta la ocasión de mencionar los méritos artísticos ni de glosar la producción amplia y generosa de esta triada de valencianos, que al fin y al cabo existen varios estudios especializados sobre ellos. Es en cambio necesario consignar que los tres se quedaron a vivir en México y según parece casaron con mexicanas.

Dejaron en México una huella perenne en el urbanismo, en la escultura pública, en la decoración

mural, en las pinacotecas y las colecciones, a la par que de la impronta de su labor educativa.

Fabregat murió en 1807, Tolsá en 1816 y Ximeno en 1825. Vaya para ellos desde aquí, desde su "alma mater" recuerdo y reconocimiento de un modesto producto del árbol que vigoroso, plantaron e hicieron crecer en las postrimerías del Virreynato Mexicano.

De los tres, el único que vivió en México independiente fue Ximeno. Fue tan prolífico como Tolsá y debe haber visto con dolor la postración a la que fue reducida la Academia después de once años de guerra.

A duras penas pudo sostenerse la institución básicamente gracias al sacrificio de los profesores a los que se les llegó a deber sueldos por meses y aún más. Finalmente tuvo que cerrar sus puertas en 1821 y aunque reabrió en 1824 su existencia fue precaria no solamente porque sus recursos eran exíguos sino porque se terminaba un ciclo propiciado por el impulso borbónico y por un grupo de profesores de gran calidad artística y de entrega a la docencia. El viajero inglés John Bullock, que visitó el país en 1823 expresó elocuentemente la situación con este conmovedor comentario "*...veinte años de guerra interna e insurrecciones han producido un cambio deplorable en las artes. Al presente no hay un solo alumno en la Academia, y aunque su venerable presidente vive todavía, está en la miseria y casi ciego.*"

Se refirió por supuesto a Rafael Ximeno y Planes.

Pasaron varios años antes de que la institución levantara cabeza.

Un decreto presidencial de Antonio López de Santa Anna en 1843 dotó a la Academia nuevamente de recursos para la adquisición de obras artísticas, asignaciones para la contratación "de profesores de entre los mejores que hay en Europa", pensiones para los alumnos, becas, premios y reconocimientos...

El promotor de esas reformas fue Don Javier Echeverría, que en 1843 recibió nombramiento como miembro de la Junta de Gobierno de la Academia y poco después el de Ministro de Hacienda. Organizó la propuesta en todos sus detalles incluyendo una medida realmente eficaz.

Toda vez que las finanzas nacionales distaban mucho de la bonanza y el erario público no daba para el fomento de la educación y cultura artísticas, propuso al presidente se adjudicaran a la Academia la administración y las rentas de la lotería que con irregularidades e intermitencias venía funcionando desde 1767. El propio Echeverría fue nombrado su

director y funcionó en forma tan eficaz que fue suficiente para cumplir el programa establecido y aún comprar el edificio por el cual hasta entonces se pagó renta.

Los artistas contratados para las direcciones de pintura y escultura, fueron en esta ocasión catalanes Pellegrín Clavé y Manuel Vilar respectivamente. Ambos estudiaron en Barcelona primero y luego en Roma. A México llegaron en 1843 y entre sus enseñanzas y el fogueo internacional que permitía el sistema de pensiones lograron restablecer la vida académica, su prestigio y lograron también actualizar el gusto bajo los supuestos del romanticismo. En ese orden de cosas quizás su mayor aportación sea el afán por abordar asuntos de la historia, mitología o consejas de la antigüedad de México Vilar mismo ejecutó una escultura en homenaje al héroe tlaxcalteca Tlahuicole. Esta obra es la primera en este sentido. Por su parte Clavé estimuló a sus discípulos y de su taller surgieron obras que son consideradas como las precursoras de la corriente nacionalista que habría de culminar en la primera mitad del siglo XX, con la pintura mural de la Revolución Mexicana y la Escuela Mexicana de Pintura.

Pero hubo otro catalán, Antonio Fabrés, importante en muchos sentidos que llegó a México en 1903. Él fue maestro de figuras señeras de nuestro arte moderno como Saturnino Herrán, Diego Rivera y José Clemente Orozco. Introdujo también la enseñanza de la fotografía y su utilización en los procesos pictóricos.

Después de 1907 no fue sino hasta 1938 que nuestra institución restableció el diálogo con los maestros peninsulares de que ya hice mención. Antonio Rodríguez Luna ejerció la docencia hasta edad avanzada. Regresó a su natal Montoro en Córdoba donde murió el 10 de septiembre de 1985. Francisco Moreno Capdevilla rindió tributo al seno de la madre tierra el 13 de mayo de 1995 pero varios de sus discípulos entre los que me cuento, enseñamos lo que de él aprendimos y a veces algo más. Un taller de grabado de la E.N.A.P. lleva su nombre.

En el año de 1990 visitaron México, el Decano y el Videcano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Politécnica de Valencia. Esa visita de buena voluntad fue oportuna para restablecer las relaciones académicas, el diálogo profundo y creativo de nuestras respectivas culturas.

A siete años de intercambio podemos dar cuenta de los frutos alcanzados: se ha llevado a cabo un intenso intercambio académico de manera que han

impartido dieciseis cursos de profesores de Valencia en San Carlos de México y un número similar de mexicanos han venido a Valencia. Varios becarios han estudiado y estudian en programas de intercambio incluyendo el grupo de catorce profesores de la E.N.A.P. que actualmente cursan doctorado aquí. Se han presentado tres exposiciones de mexicanos en la sala de la Universidad Politécnica y una de valencianos en nuestra Galería. Además en este momento en el Palacio de Minería, el que construyó Tolsá, el escultor Miguel Navarro muestra su producción reciente con el apoyo de la generalitat valenciana y otro tanto hace el pintor Manolo Valdés en el museo Rufino Tamayo del I.N.B.A.

Actualmente estamos preparando una exposición de fotografía de Guillermo Kalho que será instalada en Valencia, en colaboración con la generalitat en parecidas circunstancias, una colectiva de jóvenes valencianos, el "Grupo Purgatori" será inaugurada en ocasión del aniversario número 216 de la Academia.

Las actividades que he mencionado van más allá de los gestos amistosos y de lo que podríamos llamar turismo intelectual. Lo que realmente resulta importante, es que ante la globalización de las economías, ante la configuración de bloques hegemónicos, la cultura debe ser reconsiderada y el arte debe

de alguna manera ser garante de propuestas originales e innovadoras. En ese orden de cosas la retoolimentación y el fortalecimiento de los nexos históricos que nos han precedido es imprescindible. No se trata de una actitud nostálgica del pasado, es por el contrario una ingente necesidad de reconocernos en nuestros comunes orígenes y reforzar nuestras respectivas identidades de cara a un nuevo milenio en el que será necesario afirmarse en lo propio para poder tener sitio en la solidaridad universal.

Así interpreto mi comparecencia ante ustedes excelentísimos académicos de San Carlos de Valencia. Mi gratitud por el honor de ser recibido en este claustro académico de tan larga y fecunda historia, a todos en general y en particular a quienes tuvieron el arrojo de proponer mi ingreso como académico correspondiente en México. Me reconozco carente de méritos para tal cargo y me sobrecoge la responsabilidad de ocupar un sitio entre ustedes, pero no vengo sólo, me acompañan mis mayores y los mayores de mis mayores, mi linaje académico: Tolsá, Ximeno y Fabregat.

JOSÉ DE SANTIAGO SILVA
MÉXICO, JUNIO DE 1997